

Kilómetros hora

Esther González Ulecia

La autopista estaba despejada. Un sol cálido teñía de naranja el asfalto y me acariciaba la cara a través de la luna del *Fiat*. Era viernes y, como cada semana, mi hermana y yo íbamos a comer a casa de papá y mamá. Elena conducía fatal. Tenía la asombrosa capacidad de hacer eterno el trayecto más corto. Durante los escasos tres años que llevaba estudiando en Madrid había descubierto, gracias a ella, alrededor de 40 maneras distintas de llegar (y de no llegar) hasta el pequeño pueblo de Valladolid donde crecimos.

—Tengo que decirte algo —solté por fin, mientras bajaba la radio. A Elena le encantaba conducir con la música al máximo.

—¿Tienes novia otra vez? —me preguntó, sin dejar de mirar a la carretera.

Me quedé callada.

—¿Qué? Vamos, que puedes contármelo. Si ya decía yo que te notaba rara. Como más alegre. Y has vuelto a llenar el frigo de yogures desnatados, que una no es tonta. ¿Te acuerdas de esas natillas de chocolate que comprabas cuando lo dejaste Sonia y tú? Tu nevera era la pesadilla de cualquier entrenador de *fitness*.

—Sí, pero no... —intenté interrumpirla.

—Pero si es verdad —continuó ella—. Quiero decir, me alegro por ti. Por ti y por tu colesterol, todo hay que decirlo. Y a papá y mamá les vas a dar una alegría. Son mayores, ya lo sabes. De otra generación. Pero se van a poner muy contentos cuando se lo cuentes, te lo aseguro. A mí ya sabes que me parece tan fenomenal que yo salga con Guille como que tú salieras con Sonia. Aunque Sonia no me caía bien, ya te lo dije. Pero no tienes de qué avergonzarte. Tú eres una chica lista, tienes las ideas claras. No como esa gente que un día peras y otro día manzanas. Que les da igual, ¿entiendes? Dicen que les gustan “las personas”, pero yo creo que no saben lo que quieren. Pero bueno... ¡Cuéntame, que no dices nada! ¿Cómo se llama ella?

—Se llama Juan.
